

DECRETO NUMERO 2

El Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,

Vista la renuncia que ha hecho de la beca de oficial que ocupaba el Sr. Angel María Cepeda ;

Teniendo en cuenta que en el concurso de este año, después de los que fueron agraciados con beca, seguía en mérito el Sr. Ciro Aníbal Durán ;

Haciendo uso de autorización concedida por la Consiliatura,

DECRETA

Póngase al Sr. Ciro Aníbal Durán en posesión de una beca de oficial.

Dado en Bogotá, á 28 de Febrero de 1907.

R. M. CARRASQUILLA

Luis F. Luque, Secretario.

Longfellow

(1807-1882)

En los Estados Unidos la producción literaria es y ha sido abundante, pero no está en la misma proporción la bondad del fruto. Los que se han distinguido, sin embargo, como poetas, novelistas, historiadores y filósofos pueden figurar al lado de los ingleses más famosos en su clase. Edgar Allan Poe ha sido lujosamente leído en Europa y América, y hoy se le admira y se le estudia por eminentes críticos, que analizan el *Cuervo* y saborean las *Campanas*. Como monumentos literarios, no podrán olvidar el nombre de Bryant los que hayan leído el *Thanatopsis*, poesía hermosa y profunda, como es delicada y filosófica al mismo tiempo *La muerte de las flores*. Whitman, precursor en

el metro, de los decadentes, y Whittier, el inspirado cantor de la naturaleza americana, son como los anteriores, orgullo de su raza y de la literatura patria.

Hawthorne, el célebre autor de la *Letra Roja*, puede competir con los más afamados maestros de la prosa inglesa, y Wendell Holmes y Henry James figuran al lado de los mejores novelistas de la Gran Bretaña. Prescott, Washington Irving, Ticknor y Bancroft son historiadores tan amenos como investigadores de hondo pensamiento. A Emerson lo consideran los mismos franceses comparable á Montaigne, y tal vez no tiene otro rival que Darwin en la influencia que ha ejercido sobre el pensamiento y el alma americana.

Pero no hay para nosotros ni ha habido en los Estados americanos literato más simpático que Enrique Longfellow, cuyo centenario debe estar celebrando hoy la América Inglesa.

Mientras Whittier, su contemporáneo y su amigo íntimo, pulsaba la lira política y expresaba en versos vigorosos su fe de cuáquero y su horror á la esclavitud, Longfellow cantaba en estrofas delicadas las esperanzas, las alegrías y las penas de la humanidad. El amor á la vida, al trabajo y la confianza en el progreso humano son el tema de muchas de sus hermosas composiciones poéticas, como el *Salmo de la vida*, *El Herrero de la aldea*, *Excelsior* y otras varias, en donde la actividad americana tiene un cantor entusiasta.

Como Longfellow murió de setenta y cinco años y fue un trabajador incansable, su obra literaria fue variada y abundante y de gran mérito. En sus primeros años de labor la naturaleza y el espíritu americanos le dieron su inspiración y le prestaron el argumento y los tintes que lucen en sus bellísimos cuadros, pero cuando regresó á su país después de un largo viaje á Europa en que estudió los idiomas y las literaturas extranjeros, su imaginación no se contuvo ya solamente en el molde de los temas indígenas

y buscó nuevos horizontes. De entonces datan sus tradiciones españolas, entre las que figura en primera línea *El estudiante español*, sus elegantes y correctas traducciones de poetas europeos, de las que pueden mencionarse con elogio la de las célebres coplas de Jorge Manrique sobre la muerte de su padre; las renombradas conferencias sobre Dante en Haward College, donde fue Profesor de Lenguas y de Literatura extranjeras por muchos años, y las que precedieron á su hermosa traducción de *La Divina Comedia. Ultramar*, colección de relaciones en prosa y *La leyenda dorada*, fueron igualmente fruto de sus numerosos viajes á Europa. Esta nueva orientación de Longfellow no les ha sido muy simpática á todos los escritores americanos, algunos de los cuales estiman más á Whittier, que no se ocupó sino en asuntos indígenas, que al cosmopolita Longfellow.

Pero todos ellos tendrán que reconocer que ejerció un influjo poderoso sobre las ideas y tendencias literarias de la juventud de su tiempo, y que en su vida de poeta y de ciudadano fue gran patriota y celoso defensor de la igualdad humana, como lo demostró en sus hermosos y sentidos poemas menores sobre la esclavitud.

Pero de todas sus obras la que conservará su nombre en la literatura universal es *Evangelina*, "poema que no cede en ventajas á ninguno de cuantos se escribieron en el siglo XIX" (1), idilio primoroso, de bellísimas descripciones de la naturaleza, cuento sencillo en su argumento pero de un refinamiento mental y una nobleza moral que ponen al poeta en el primer rango entre los líricos. Son escenas de la vida campesina de Acadia, en tiempo de la colonización de la América del Norte por los ingleses,—es un conmovedor y tierno episodio amoroso, en el que aparece vivo el recuerdo de la despiadada conducta de los nuevos dominadores del país. Entre todos esos pobres labradores arrancados cruelmente al pedazo de tierra que

(1) Miguel A. Caro. *Traducciones poéticas*.

cultivaron con fatiga, y dispersados en distintos lugares, había dos amantes que erraron por muchos años y no volvieron á verse hasta la hora de la muerte de uno de ellos. Evangelina, agraciada con el espíritu de San Vicente de Paúl, prodigó á Gabriel los últimos cuidados y recogióla postrera mirada de sus ojos moribundos.

Tanto en este poema como en algunas otras poesías de Longfellow, se encuentra una enseñanza moral y parece transparentarse el alma de un católico. Si el granpoeta no lo fue en el nombre, lo fue en el hecho, lo fue en su vida y en el fondo y tendencias de sus escritos. Los próceres entre los escritores americanos han sido muy dados á estudiar la historia, las costumbres y la literatura española. Washington Irving señaló el camino y por él siguieron Ticknor, Longfellow y Prescott. El célebre autor de la *Historia de la Literatura española* indujo al eminente historiador de Fernando é Isabel á dedicar sus facultades al estudio de temas tan interesantes como los que fueron objeto de sus escritos en los últimos años de su vida.

A Longfellow le han retribuído los de raza española el culto que él rindió á su literatura. Son numerosas las traducciones que se han hecho en español de las poesías del nobilísimo poeta del Norte de América, y hasta ha llegado á hacerse en Colombia una colección de las más notables de esas versiones, y á publicarse en Bogotá una elegante traducción en prosa de la primorosa *Evangelina* (1).

Sería de desearse que no fuese este modesto recuerdo el único homenaje que Colombia presentase en su Centenario al ilustre vate cristiano.

JUAN A. ZULETA

Bogotá, 27 de Febrero de 1907

(1) *Traducciones poéticas* de Longfellow, colección formada por R. Torres Mariño, por encargo de D. Miguel A. Caro, con ocasión del Centenario del Descubrimiento de América. *Evangelina*, traducción de D. R. M. Merchán.